

Jaume Subirana: *Construir con palabras. Escritores, literatura e identidad en Cataluña (1859-2019)*. Madrid, Cátedra, 2018, 269 pp.

“Construir con palabras” es un título que, además de referirse a la acción de los escritores e intelectuales catalanes que protagonizan esta colección de trabajos, también podría enmarcar la compleja tarea que lleva a cabo en el mismo su autor, el profesor de la Universitat Pompeu Fabra Jaume Subirana: explicar –de forma honesta y convincente– mediante palabras –en un idioma que no es el habitual en estos casos– la construcción de la identidad cultural catalana en la contemporaneidad, estrechamente unida a un proyecto nacional y a una lengua que le sirve de *core value*. Para ello focaliza en “el papel clave de los escritores y la literatura, del espacio retórico o simbólico de lo literario” (15). No se trata de la primera vez que el autor emprende una labor en una línea similar: él fue uno de los principales impulsores y también coordinador del portal de internet Lletra, que hoy en día da a conocer en diversas lenguas (catalán, español e inglés) la literatura catalana, bajo una equilibrada perspectiva de divulgación académica y con una alta dosis de hipertextualidad. Un aspecto que singulariza la contribución de Subirana al volumen mencionado y a proyectos como Lletra es su trayectoria pluridimensional en el mundo de la cultura catalana, en el sentido de que ha actuado no solo como investigador, sino también como escritor –ha publicado diversos poemarios, obteniendo el premio más distinguido de la poesía catalana, el Carles Riba–, como traductor y como gestor cultural, al haber sido director de la Institución de las Letras Catalanas. Este bagaje le proporciona valiosas herramientas para proyectar una mirada lúcida sobre el conjunto de procesos que constituyen, en dinámica continua, la cultura de un territorio con una lengua propia que ha vivido épocas de esplendor y también de persecución, siendo estas últimas el paradigma mayoritario en el período estudiado en el volumen.

La instancia investigadora figura en primer lugar porque de ella nace el libro reseñado y es la principal ocupación de Subirana, junto con la paralela –y consustancial– de crítico y divulgador. La visión de conjunto facilitada por la polivalencia de su autor encaja con el marco metodológico aplicado en *Construir con palabras*: la teoría de los Polisistemas iniciada por Even Zohar, que en territorio español ha tenido un predicamento irregular, si bien ha contado con notables aportaciones en cuanto a difusión y a aplicaciones diversas en su campo de estudio. La casuística tratada en la obra podría resumirse en un fragmento extraído de la introducción: “de lo estético a lo político, de lo cultural a lo ideológico, de lo musical a lo literario, de lo biográfico a lo colectivo” (13). Los trabajos

recogidos, sin embargo, no solo se basan en el mencionado marco teórico, sino también en otros, como la imagología de Leerssen, que resulta fundamental en el proyecto de Subirana al coincidir con las metas de la concepción contemporánea de los estudios culturales: “estamos hablando siempre de representaciones (o de estereotipos) culturales o nacionales, no de identidad cultural o nacional; reproducimos y comentamos las representaciones en tanto que estrategias textuales, como discurso, no como esencias o absolutos” (18).

De cualquier modo, como denuncia el mismo autor (218), este tipo de investigaciones han sufrido un lastre histórico –en ocasiones al materializarse en una erudición historiográfica carente de las herramientas metodológicas esperables– en el espacio universitario peninsular, poco proclive a visiones que se salgan de la tradición marcada por la inercia y las voces dominantes de los compartimentados departamentos: “ni en España ni en Cataluña la historia cultural ha conseguido aún estatuto oficial ni pleno reconocimiento académico [...]. Este es o quiere ser, de alguna forma, un libro de historia cultural, o de estudio de la cultura”. (15). Es decir, que la literatura es la estrella temática del volumen, pero situada en el contexto sistémico de la cultura en sentido global, exponiendo sus condicionantes e implicaciones, y teniendo en cuenta variables que van más allá de los discursos teóricos que a menudo son fundamento de las investigaciones académicas sobre obras literarias.

En *Construir con palabras* dicho reto se convierte en un triple salto –mejor prescindir del adjetivo “mortal”– por dos dificultades añadidas: la primera es replantear el examen de una literatura que, de por sí, ya ha sido reiteradamente examinada en función del contexto histórico, social y político, aunque obviamente sin la perspectiva sistémica ni los planteamientos teóricos que plantea Subirana. Es decir, surge la pregunta de cómo rehacer una historia cultural –alrededor de un corpus literario– que ya ha solidificado en un conjunto de preceptos, discutidos algunos pero inmersos en la susceptible caja de resonancia de la sociedad catalana. La segunda dificultad radica en transmitir un análisis tan arduo a lectores inscritos en la cultura española, la cual ha solido observar con desdén la voluntad de construcción nacional catalana y, en concreto, su literatura, aun siendo la mayoritaria de expresión no castellana en España. No parece constituir la opción de Subirana el uso de una perspectiva crítica que, malentendida por un público sin defensas ante los prejuicios, pueda perjudicar en algún momento la recepción del valor estético y cultural del corpus estudiado. Esto no impide que se adentre en cuestiones delicadas a nivel político, fruto de malintencionados debates, como la extensión lingüística del catalán más allá de ciertos límites administrativos (autonómicos o estatales), llámese o no “Países Catalanes” (24). Así, el título de la película podría ser *Malabares en la niebla*, aunque la tenacidad, los conocimientos y el buen hacer del autor permiten superar las dificultades expuestas.

En cuanto al contenido del volumen, los dos primeros capítulos se caracterizan por analizar destacadas figuras del ámbito literario catalán, sin duda canónicas, en relación con diversas etiquetas que han servido para presentarlos –el poeta nacional, el catalán universal y el santo cultural– o bien con la mera

idea de nación, como comunidad de intereses que, en el caso catalán, se mueve en la duradera inestabilidad de la ausencia de un estado propio. Al colocar a dichas personalidades en esta tesitura Subirana pone sobre la mesa una sugestiva problemática política e ideológica. La lista del apartado “Seis escritores y la nación” presenta a creadores que consagraron su obra sobre todo a la poesía, o bien que han sido reconocidos por ella, mostrando el poderío que el género versificado ha tenido en las letras catalanas modernas: Verdaguer, Maragall, Salvat-Papasseit, Carner, Espriu y Martí i Pol. El primero y los dos últimos son los que el autor singulariza como “poetas nacionales” de la comunidad catalana (31), aunque aquí nos tropezamos con un obstáculo que sobrepasa los límites de cualquier libro no dedicado enteramente a la cuestión: los límites de esta “comunidad”, no por lo que respecta a la lengua, sino a la (pretendida) unidad en la compartición de bienes inmateriales; es decir, ¿hasta qué punto Espriu o Martí i Pol podían gozar del título de “poeta nacional” en el País Valenciano y en las Baleares, cuando eran sus coetáneos Vicent Andrés Estallés y Josep M. Llompart, respectivamente, los que ejercían ahí una función más o menos análoga, concurrente? En este sentido, *Construir con palabras* focaliza en una realidad cultural cuyo eje es la potencia económica, editorial y creativa que gira en torno a Barcelona y que cristaliza en la realidad política que es Cataluña, más que nada por la selección de las figuras que se etiquetan como “santos culturales”, “poetas nacionales” y “catalanes universales” (este último caso es paradigmático) y por los temas tratados en el resto de apartados. Sea como sea, resulta muy agudo el análisis contrastivo entre las dos últimas etiquetas mencionadas, en una sociedad “cansada de llevar siempre el peso de la lengua en la mochila” (38).

Los dos siguientes capítulos ponen el punto de mira en el papel de la cultura en la capital catalana. En concreto, el primero se adentra en la función simbólica de la nomenclatura de una parte sustancial del callejero barcelonés, que parte de la propuesta de Víctor Balaguer para el Ensanche –ordenado y realizado en la segunda mitad del siglo XIX– “[...] con un claro sesgo hacia la tradición [histórica catalana] de lucha por las libertades” (124), para después analizar cómo afectó en otras zonas de la ciudad la renovación urbanística derivada de la celebración en Barcelona de los Juegos Olímpicos del 92. Se profundiza, pues, en una serie de “nombres que permitieron a la cultura catalana sobrevivir, una vez más, con una cierta dignidad” (133). Por otro lado, el segundo de estos capítulos disecciona obras literarias que trataron sobre el entorno de Barcelona, en particular la sierra de Collserola y el Tibidabo, escritas mayormente entre finales del siglo XIX e inicios del XX.

En los dos siguientes apartados toman el protagonismo las instituciones culturales, con un acento claro en el PEN Club. Así, el primero de los textos examina la influencia de esta organización global en la internacionalización de la literatura catalana, al ser una de las primeras en adherirse al mismo con una clara voluntad diferenciadora respecto a las letras castellanas. El autor aprovecha para exponer una acerada crítica de la adaptación académica del concepto de “literatura menor”, surgido de la lectura de unas páginas de Kafka por parte de Deleuze y Guattari (158-159), para después puntualizar al final del capítulo sus

posibilidades como concepto desestabilizador (178); la visión planteada incumbe personalmente al autor de esta reseña en la medida que ha sido coeditor de tres volúmenes en polaco que estudian su aplicación en las literaturas románicas. Por cierto, el análisis de Subirana ayuda a entender la reciente decisión de abandonar el PEN Club por parte de Vargas Llosa, que llegó a presidir la Conferencia Internacional celebrada en Barcelona en 1978 y ha acabado asumiendo por proximidad ideológica el relato anticatalanista de la derecha neoliberal española. El segundo de los apartados mencionados trata de certificar si tres destacadas entidades fueron impulsadas por la operatividad funcional o bien por la nostalgia: el PEN Club, la Institución de las Letras Catalanas y la Asociación de Escritores en Lengua Catalana, la cual tuvo un papel clave en la profesionalización de una parte de sus socios gracias a la labor de activistas como Jaume Fuster. La conclusión del trabajo busca el matiz: “la planificación cultural tiene más peso que la nostalgia, pero no se descarta el recurso al pasado como fórmula de legitimación y/o reanudación” (191).

A continuación llega un capítulo escrito a cuatro manos con el historiador Jaume Claret, de igual manera que el apartado sobre Jacint Verdaguer como santo cultural (dentro de “Seis escritores y la nación”) comparte autoría con Magí Sunyer, especialista en la presencia de mitos nacionales en la literatura catalana. Curiosamente, el estudio escrito conjuntamente con Claret también aplica los planteamientos de Dović y Helgason¹ acerca de la proyección de lo santo a las esferas laicas de la vida pública, aunque centrándose en un aspecto insospechado y poco atendido por la crítica: las series de entrevistas a figuras culturales en el tardofranquismo realizadas tanto en catalán como en castellano: “se insiste en presentar al público general un nuevo catálogo de referentes culturales, un larario revisado (y podado), una propuesta informal y no institucional de panteón” (214). Finalmente, previo al epílogo encontramos un acercamiento panorámico a las dinámicas del sistema literario catalán en la actualidad, siendo ambos textos los más reivindicativos y mordaces del libro. Subirana dispara a “rasgos endémicos” como el exceso de premios, la (supuesta) hiperliteraturización de la cultura, la obsesión por las conmemoraciones o el mal uso de la literatura por parte del nacionalismo institucional, y reflexiona a conciencia sobre la combinación (explosiva) de dos palabras: “escritor” y “catalán”.

En definitiva, el volumen reseñado cumple con creces el objetivo de introducirnos a la problemática de la literatura catalana contemporánea como fenómeno cultural, ya que –dejando de lado algunos errores puntuales que la extensión de la reseña no permite explicitar– emplea un conjunto inteligente y coherente de estrategias para evidenciar las paradojas, contradicciones y fisuras que se producen en los procesos vinculados al sistema literario catalán. Justamente este tipo de trabajos nos aproximan a los estudios culturales de raíz necesariamente crítica y revulsiva, en lugar del mero examen de autores y de textos literarios que –sin menoscabo de su valor en el enriquecimiento del saber– en

¹ Marijan Dović & Jón Karl Helgason (2017): *National Poets, Cultural Saints. Canonization and Commemorative Cults of Writers in Europe*. Amsterdam, Brill.

ocasiones se ha reducido a la denuncia de “traidores a la nación” o a “la caza de brujas” en el terreno cultural. Por todo ello, no cabe duda de que la publicación de *Construir con palabras* ha sido un gran acierto por parte de Cátedra, revelándose como una referencia ineludible no solo para los estudiosos de las letras catalanas, sino también para todos aquellos que quieran aplicar planteamientos metodológicos productivos y plenamente válidos en el mundo académico.

ALFONS GREGORI
Universidad Adam Mickiewicz de Poznan
alfons@amu.edu.pl